



ÁLVARO
DE
LA IGLESIA

TOCATA
EN
"JA"

Conjunto de relatos breves en los que una serie de personajes característicos de este autor aparecen perfilados con fuerza por el contraluz que crea su ironía percutante. Señoras “riquísimas”, maridos celosos, esposas infieles, “calaveras” empedernidos, tías beatas quedan al desnudo al enfrentarse a situaciones ridículas. Especialmente sabroso resulta ¡QUE ASCO DE MUERTO!, divertida parodia de relato policíaco. Cierra la obra un “A modo de epílogo”, en el que el autor, hábilmente interrogado por Pedro Rodríguez, aborda diversos problemas de la actualidad: la Monarquía, el divorcio, el mito “playboy”, la censura, La Codorniz.

El ingenio de ÁLVARO DE LAIGLESIA es caudaloso, inagotable, incansable. A estas alturas son más de treinta los libros que el privilegiado autor tiene publicados, aparte de su copiosa labor periodística, de sus obras teatrales, de sus conferencias, de su actuación televisiva.

El clásico «castigat ridendo mores» puede ser asimismo la divisa de ÁLVARO DE LAIGLESIA y a su amparo germinan y florecen los numerosos y solicitados libros de este prodigioso humorista.

El hombre primitivo, cuando andaba por las cavernas envuelto en una piel de oso y armado de un garrote, tuvo conciencia de ser un animal superior cuando supo hacer estas dos cosas: reír y versificar.

El primer humorista del mundo fue un cavernícola que, en las paredes de las Cuevas de Altamira, dibujó unos chistes muy graciosos de bisontes. Y puede que el primer poeta fuera un prehistórico habitante de los Campos Cataláunicos, que descubrió así la primera rima: al verse atacado por un «mamut», dijo que estaba «futut».

EL AUTOR.

Monólogo de una esposa ofendida

A UNA PERSONA tan sensata como tú, le parecerá increíble lo que me ocurrió ayer. Pero te ruego que me escuches hasta el final, sin interrumpirme con exclamaciones de incredulidad. Todo lo que voy a contarte es rigurosamente cierto, y que me muera aquí mismo si invento algo.

Pues resulta que ayer por la tarde, cuando volví a mi casa, me encontré con la sorpresa de que mi marido había vuelto antes que yo. Me sorprendí de veras ya que él, los días de trabajo, nunca vuelve de su oficina antes de las ocho.

—¡Caramba, Augusto! —exclamé al encontrármelo sentadito en el salón—. ¿Qué haces aquí tan temprano?

—Hoy tenía poco trabajo —me explicó—, y decidí aprovechar la tarde para resolver un asunto personal.

—¿Y lo has resuelto ya? —me interesé, como toda buena esposa.

—Todavía no.

—¡Qué lástima!

—¿Por qué?

—Porque si ya no tuvieras nada que hacer —le expliqué yo—, podríamos haber ido al cine. Es temprano aún...

—Lo siento, pero hoy no puedo llevarte al cine.

—Puedo ir entonces con mi amiga Conchita...

—Tú no puedes ir tampoco —me cortó Augusto bastante secamente, y entonces fui yo quien preguntó:

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que te necesito para resolver ese asunto personal.

—En ese caso —dije quitándome un guante, pues el otro me lo había quitado ya—, estoy a tu disposición. ¿De

qué asunto se trata?

—De algo que quizá te parezca una tontería, y por lo que de antemano te pido que me perdones. Pero es algo que ha empezado a preocuparme últimamente, y sólo tú puedes librarme de esa preocupación.

—Tú dirás —le invité.

—Antes de decírtelo, prométeme que no te vas a ofender.

—¡Qué cosas tienes! —me eché a reír—. ¿Cómo voy a ofenderme por lo que tú puedas decirme? Entre un marido y una mujer tan unidos como nosotros, no puede haber nada que resulte ofensivo.

—Prométemelo de todos modos —insistió, y yo accedí:

—Me parece una bobada, pero te lo prometo.

—Pues allá va —se lanzó—: me preocupan tus salidas.

—¿Qué salidas? —me extrañé.

—Las que haces por las tardes, cuando yo estoy trabajando en la oficina.

—¿Y qué quieres decir con eso de que te preocupan? —le pregunté poniéndome seria.

—Recuerda que me prometiste que no te ofenderías.

—No me ofendo, pero quiero saber el motivo de tu preocupación.

—No pienses ni por un momento que dudo de ti —empezó Augusto tratando de tranquilizarme—, pero te confieso que no me parece normal que vayas tanto a la peluquería.

—No voy todos los días. Algunas tardes salgo con Conchita, o con otras amigas.

—Puede decirse sin embargo que vas a la peluquería, por lo menos, una tarde sí y otra no.

—Eso es cierto —admití—. Aún no sé a dónde quieres ir a parar, pero te anticipo que eso es perfectamente normal. Conozco señoras que van con más frecuencia que yo, y tienen maridos menos importantes que tú.

—¿Qué tienen que ver en eso los maridos?

—Muchísimo.

—No veo por qué.

Y yo se lo expliqué:

—¿Para qué crees tú que nos arreglamos las esposas? Pues para que vosotros podáis presumir de nosotras. Y cuanta más categoría tiene un hombre, mejor arreglada tiene que ir su mujer. Puede decirse por lo tanto que, a mayor categoría, más horas de peluquería.

—Algunas horas, bueno —admitió Augusto—. Pero tardes enteras...

—¿Cómo crees tú que se consiguen esas preciosidades de peinados que lucimos las señoras distinguidas?

—Yo qué sé.

—Pues debes saber que a fuerza de tiempo —le expliqué—. Si nosotras sólo tuviéramos cuatro pelines como los hombres, nos arreglaríamos en un santiamén. Pero nuestras cabelleras son abundantes y delicadas. Nuestros cabellos hay que lavarlos, secarlos, teñirlos, cardarlos, ondularlos, peinarlos...

—No hace falta que me des un cursillo de peluquería —me cortó él—. Y no hace falta que te diga tampoco que puedo estar equivocado al hacerte esta acusación.

—¿Acusación? —repetí, perpleja—. ¿Pero es que me estás acusando de algo?

—Ya te he dicho de qué, admitiendo de antemano que me puedo equivocar. En este último caso tú podrías acusarme a mí, por haber dudado de ti.

—Mira, rico —me enfadé—. ¿Quieres hablar claro de una vez? Soy bastante torpe para resolver problemas de palabras cruzadas.

—Éstas no son cruzadas, sino perfectamente claras. Y si te pido una explicación no debes enfadarte, pues eso demuestra que te quiero mucho. Tanto que, después de diez años de matrimonio, aún puedo sentir ese fenómeno tan desagradable que son los celos.

—¿Celos? —repetí mirándole asombrada—. Perdona, pero cada vez te entiendo menos.

—Pues está clarísimo. Me avergüenza un poco confesártelo, pero no he podido evitarlo. Poco a poco, se me ha ido metiendo en la cabeza una idea obsesionante. He tratado por todos los medios de apartarla de mi imaginación. Es inútil: vuelve una y otra vez, hasta el punto de que no me deja dormir tranquilo. Te suplico una vez más que me perdones, pero es más fuerte que yo. Y sólo tú puedes devolverme la tranquilidad.

—¿Cómo?

—Demostrándome que, cuando dices que vas a la peluquería, vas realmente a la peluquería.

—¡Augusto, por Dios! —me indigné sin poder contenerme—. ¿Es que lo dudas?

—¡Pues claro que lo dudo, caramba! Muy a pesar mío, pero ¿qué quieres que haga? ¿No te estoy explicando que esa idea se me ha metido en la cabeza en contra de mi voluntad?

—¡Es una idea completamente ridícula! —seguí protestando.

—También yo, ahora que te la he contado, me doy cuenta de que lo es. Pero la única forma de librarme de ella es contártela, para que tú me demuestres su ridiculez.

—No creo que necesite demostración de ninguna clase —rebatí, agitada y ofendida—. Es un disparate tan sumamente gordo, que cae por su propio peso.

—Caerá más de prisa si tú me lo demuestras.

—Por favor, Augusto —me puse muy seria—. No tengo inconveniente en perdonarte esa duda estúpida, puesto que te ha surgido a pesar tuyo y en contra de toda lógica.

—Te agradezco tu comprensión.

—Esas cosas pueden pasar y yo las puedo admitir. Admito también que es halagador para mí que a estas alturas de nuestro matrimonio, yo haya podido provocarte un ataque de celos. Es por un lado una prueba de amor que me

halaga, pero es también por otro una prueba de desconfianza que me ofende.

—Me prometiste que no te ofenderías —me recordó él.

—No me ofenderé si no insistes y no pasas de aquí. Pero si vas más lejos y sigues teniendo esa duda monstruosa...

—Dejaré de tenerla en cuanto tú me hagas un favor.

—Te advierto —le previne— que si vas a insistir en que te pruebe que verdaderamente voy a la peluquería, conseguirás ofenderme de un modo irreparable.

—Lo que te pido no es una prueba —rebajó Augusto su petición—. Me basta con tu palabra.

—Pues ya la tienes. ¿No te he dicho ya que esa idea tuya, además de ridícula, es grotesca y estúpida?

—Te creo. Pero para tranquilizarme por completo, ¿te importaría jurármelo?

—¡Pues claro que no! Te lo puedo jurar con toda la solemnidad que quieras.

—Pues eso es lo único que quiero —se levantó Augusto, satisfecho—. Y puesto que no te importa, vamos a mi despacho.

—¿Para qué?

—Para eso precisamente: para dar a la cosa un poco de solemnidad.

—Mira, guapo —me irrité—. Me parece que te estás pasando de la raya.

—Por favor —me suplicó—. Es sólo cuestión de un minuto. Acabaremos tan pronto, que quizá puedas ir aún al cine con tu amiga Conchita.

—Está bien —me resigné y le seguí a su despacho—. Pero espero que comprendas que sólo por lo mucho que te quiero, te consiento esta nueva estupidez. Si así te quedas tranquilo y dejas de pensar disparates...

Como habrás podido juzgar con la sensatez que te caracteriza, en toda aquella primera escena fui comprensiva y tolerante.

Dándome cuenta de que los celos son una manifestación incontrolable, que puede presentarse en las personas más equilibradas, no me indigné demasiado con Augusto cuando me expuso la inconcebible idea que se le había metido en la cabeza. Incluso, como te acabo de contar, me mostré dispuesta a tranquilizarle jurándole que jamás le mentí cuando le dije que había pasado la tarde en la peluquería.

El juramento es sagrado tanto para él como para mí, pues ambos somos creyentes; y cuando juramos algo, es una prueba irrefutable de que hemos dicho la verdad.

Pero lo que yo no podía sospechar era la sorpresa que me esperaba en su despacho. Y te confieso que cuando vi esa sorpresa, me quedé tan asombrada que no pude decir ni una palabra. Tampoco hubieras podido decírla tú, ni ninguna de mis amigas, ni nadie que tenga una pizca de sentido común.

Porque ¿sabes la insensatez que se le había ocurrido a mi marido para solemnizar mi juramento? Agárrate: ¡traer un cura!

¿Lo ves? También tú te has quedado sin habla, como me quedé yo. Y eso que a ti sólo te lo estoy contando, que siempre impresiona menos que haberlo visto al natural.

¿Te imaginas mi asombro cuando entré en el despacho y vi al sacerdote, con su sotana y su teja?

—Buenas tardes, hija mía —me saludó bondadosamente aquel padre espiritual, dándose cuenta de mi desconcierto—. Deduzco por su gesto de sorpresa que su marido no le advirtió que yo estaba aquí.

—Pues no —confesó Augusto—. Como usted lleva mucho rato esperando, por no hacerle esperar más...

—Su marido —me explicó directamente el cura—, telefoneó a la parroquia pidiendo un sacerdote. Le preguntamos para qué lo necesitaba, con objeto de acudir con el equipo adecuado, y él nos dijo que se trataba de una confesión urgente. Vine yo en seguida, imaginándome que

tendría que confesar a un enfermo o quizás a un moribundo.

El cura suspiró antes de continuar:

—Y no digo que me llevé un chasco, pero sí reconozco que me sorprendí cuando su marido me explicó para qué me había llamado en realidad. Tomar juramentos a domicilio, no es un servicio que tenga montado ninguna parroquia. Pero como él me explicó las circunstancias que concurren en este caso excepcional...

—¿Qué circunstancias ni qué garambainas? —salté furiosa—. Se trata solamente de una chaladura sin fundamento, que se ha fraguado en la mente de mi marido.

—A veces el diablo se cuela en nuestra mente —sentenció el sacerdote—, para perturbar nuestra felicidad con sus insidias. No quiero de ningún modo inmiscuirme en los asuntos privados de ustedes. Pero ya que he venido, ¿para qué desperdiciar el viaje si puedo serles de alguna utilidad? Puesto que usted, señora, estaba dispuesta a jurar; y puesto que ese juramento puede devolverle la paz a su marido...

—También yo te prometo delante de este sacerdote —me dijo Augusto con voz grave— que si juras, destruirás todas mis dudas. Y nunca más volveré a dudar de ti.

—En ese caso —me puse enfática—, por el bien de nuestro matrimonio y para sacarte ese demonio que se te ha metido en la cabeza, allá va mi juramento. Tome nota, señor cura.

Y juré.

Juré solemnemente que la peluquería no fue nunca para mí un pretexto para ir a otra parte. Juré que todas las tardes que digo pasar en la peluquería, las paso realmente en la peluquería.

¿Te das cuenta de la suerte que hemos tenido, cariño?

Ahora mi marido está tranquilo, y nosotros también. Y tampoco me remuerde la conciencia, puesto que no juré en falso.

Tú, que me conoces a fondo y sabes que tengo una sólida formación moral, comprenderás que yo sería incapaz de ser una perjura. Pero como tú, amor mío, eres el dueño de la peluquería y vives en el mismo piso donde tienes instalado tu negocio...

¡Así no hay manera!

MARTES:

He llegado esta tarde a la Costa Azul. Quiero pasar aquí un par de semanas, pensando un argumento para mi próxima novela. Hace algún tiempo que no se me ocurre nada, y he decidido cambiar de aires en busca de inspiración.

Supongo que el cambio de mis aires locales por estos internacionales, despabilarán a mi adormilada musa. Más que adormilada, dormida como una ceporra. Porque a este cuaderno, en el que anoto todas las ideas que se me van ocurriendo, sólo le quedan hojas en blanco.

Necesito, por lo tanto, retirarme una temporada a meditar en un sitio tranquilo. Varios días de meditación profunda frente al mar, bastarán sin duda para que pueda trazar el hilván argumental de mi nuevo libro.

A mí me basta con que se me ocurra un pequeño tema, por leve que sea, para ponerme a escribir. Soy un narrador tan sumamente hábil y experto, que exprimo cualquier idea hasta sacarle la última gota de su jugo narrativo. Una simple situación de arranque novelístico, me permite arrancar con tanto ímpetu que llego sin ningún esfuerzo hasta el final de la novela.

Y estoy seguro de que aquí, acariciado por las brisas marinas más famosas de Europa, no tardará en brotar dentro de mi cerebro ese punto de partida que me permita escribir otra obra maestra. Ya he escrito varias, y no quiero que en el futuro disminuya la calidad de mis productos literarios.

En el sitio que he elegido para buscar la inspiración que necesito, despertarían las musas más dormilonas. Es el sitio

ideal para las meditaciones de un escritor importante: el Hotel Monegasco, situado en pleno corazón de la Costa Azul.

Cualquiera que haya viajado, o simplemente leído un poco de literatura cosmopolita, sabe que el Hotel Monegasco es el más célebre del sector costero comprendido entre Saint-Tropez y Menton. Tiene el señorío y el encanto, no sólo de la *belle époque*, sino de las épocas inmediatas a la llamada así, que también fueron muy bellas. Sus habitaciones son amplias y suntuosas. En sus enormes armarios, además de caber holgadamente la abundantísima ropa de un matrimonio rico, sobra espacio aún para ocultar a un eventual amante de la esposa. Y en su decoración se emplearon materiales y telas de una nobleza ya casi desaparecida: caoba, palosanto, terciopelo y damasco.

El recepcionista que me atendió a mi llegada, al que expliqué el objetivo de mi viaje, me aseguró:

—En la habitación que le hemos asignado, garantizo al señor que podrá meditar a gusto. Está aislada por completo en una torreta de la última planta. En ella no tendrá más vecino que el mar.

—Eso es justamente lo que necesito —me alegré—: paz y sosiego.

Un empleado me acompañó en el ascensor hasta la habitación, que está efectivamente en una torreta. Pero antes de que entráramos en ella, observé que no estaba tan aislada como me habían asegurado en la recepción: junto a la puerta de la que iba a ser la mía, había otra puerta idéntica.

—En realidad —me explicó el empleado—, la torreta está dividida en dos habitaciones. La que usted ocupará es la principal. La otra es más pequeña y la ocupa ahora una pareja de recién casados. El señor puede tener la seguridad de que esa pareja no le causará ninguna molestia.

—Estoy seguro —comenté para lucir mi ingenio ante el empleado—. Todo el mundo sabe que los matrimonios sólo empiezan a ser ruidosos algunos años después de su ce-